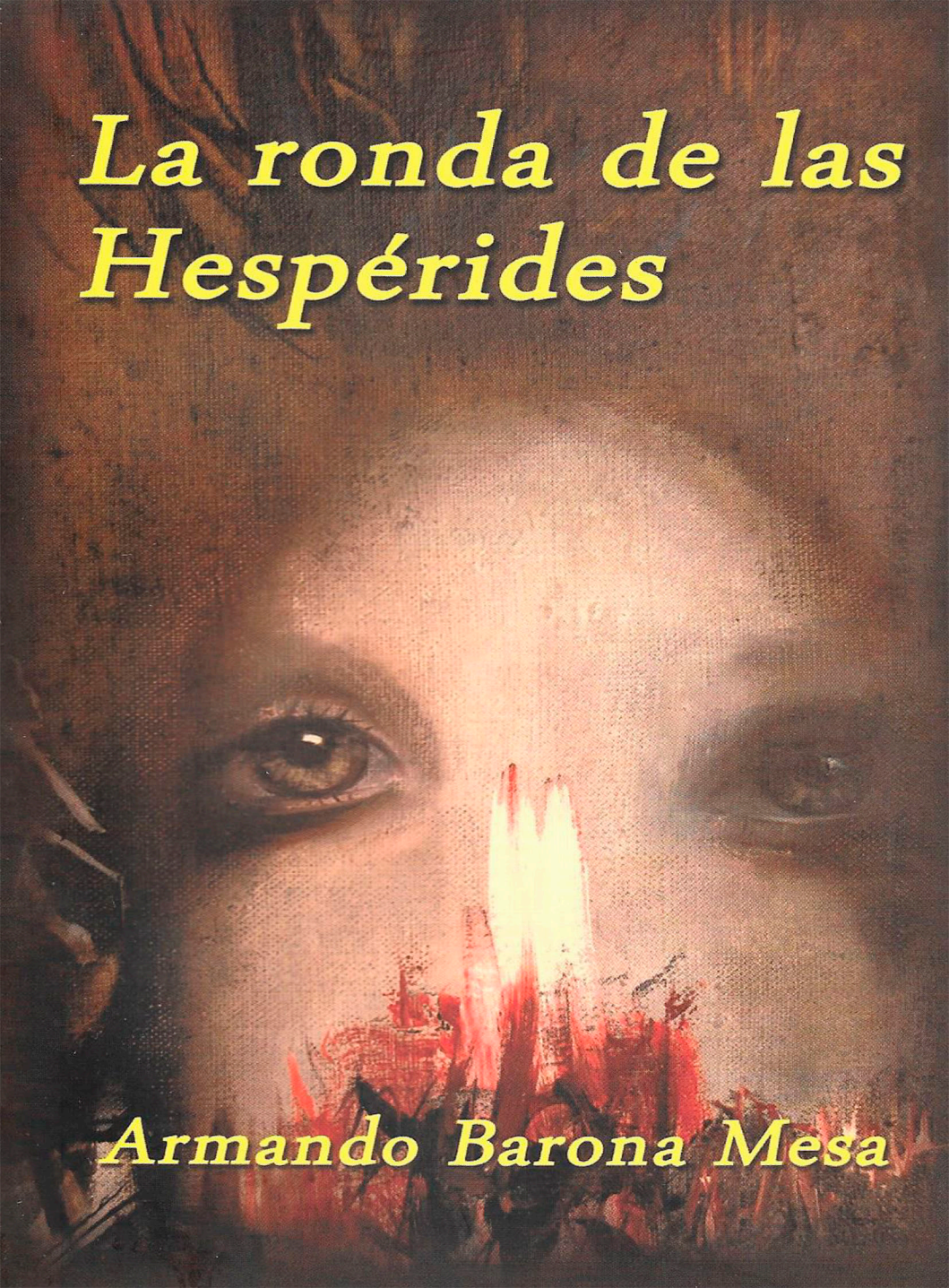
La ronda de las Hespérides



Armando Barona Mesa

La ronda de las hespérides

Armando Barona Mesa

Nostromo Editores

La ronda de las hespérides
I:S:B:N: 978-958-44-4608-4
Primera Edición: Febrero de 2009

Derechos Reservados
© Armando Barona Mesa
© Nostromo Editores
e-mail: *soniatruque@hotmail.com.*

Dirección Editorial
Sonia Nadezhda Truque
Composición y Diagramación Electrónica
Adriana Marcela Califa
Carátula:
La guerra, del pintor polaco Zygmunt Magner

Las características editoriales son propiedad del Autor y editores, por lo que no podrá ser reproducido en todo o en parte por ningún medio reprográfico sin permiso de los titulares.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

INDICE

	Página
Las hespérides	9
El jardín de las hespérides	15
El festín de dionisos	19
Amor	25
Infinito	31
Mariposa	35
La casa	37
Mi perro	41
Mi gato	43
Abismo	47
Silencio	53
La flecha rota	55
Noche de insomnio	57
Fantasmas	61
Columna de agua	65
Máscara	71
Soledad	77
La guerra	81
El fusil	85

A una prostituta 87
Tierra 91
La vieja canción 95
Los sueños 99
El fuego 103
La ciudad 107

LAS HESPÉRIDES

Las Hespérides eran tres hermosas titanes llamadas Egle, Aretusa y Hesperia, hijas de Atlante y Hésperis, cuya función, impuesta por Hera, era la de custodiar en el Oeste del mundo el Jardín en el que estaba sembrado el árbol que con motivo de su boda con Zeus le obsequió la madre Gea, la Tierra, y del que germinaban unas manzanas de oro que tenían la virtud de que quien las comiera se volvía inmortal , y por lo tanto un dios.

De hecho todos los dioses las comían conjuntamente con la ambrosía y el néctar, y era a ello a lo que debían su condición divina.

Sueño eterno del hombre, tan pequeño, es ser dios. Poder superar su frágil debilidad y vencer a la muerte. Romper la atadura a la tierra y en consecuencia volar. No tener que pasar por las hambrunas de los pavorosos estíos o la desoladora frialdad de los inviernos. Dejar de ser tan vulnerable y endeble a elementos superiores que lo atribulan, someten y matan.

Poder vencer la fortaleza agresiva de las fieras y las armas cortantes, punzantes y humeantes de los mismos hombres, constituidos en su enemigo más brutal y fiero.

Desde luego que en el afán de ser dios el hombre ha logrado poseer las armas más mortíferas en busca del poder, las riquezas más inconcebibles que no alcanzaron a saciar su codicia, los inventos más escalofriantes, entre ellos producir la vida en un laboratorio, como lo imaginara Aldous Huxley en El mundo feliz, y dominar la información y la energía. Es decir, casi ha llegado a ser un dios, acorde con sus sueños y desvaríos.

Mas no debe perderse de vista que cuando, como en el caso de los faraones egipcios, de los reyes de reyes medas, o los delirantes emperadores romanos, se autoproclamaron dioses en la lujuria de la vanidad y el ´poder, ignorantes de sus propios pies de barro, jamás lograron convertirse en ese ser supremo que pretendieron.

Ni en el pretérito ni en la actualidad el hombre ha dejado de ser sencillamente un hombre, sumido en sus incertidumbres y miedos profundos.

De hecho todos hemos muerto en el pasado y moriremos hacia el futuro. Agréguese a esto el pensamiento de que del recuerdo de aquellos dos más caracterizados y paranoicos emperadores latinos, Calígula y Nerón, hoy solo queda un grito de horror fundido a esa alucinante imagen de despotismo y locura.

El jardín de las Hespérides

Hera la dulce diosa
de níveos brazos y ojos de novilla
sembró este árbol de crines violetas
mientras cabalgaba sobre el viento de todos los ocasos.
El laberinto ardía en un punto mortal.

Pienso entonces que los dioses son mi mismo sentido de
la muerte
y es entonces cuando conmigo sucumben
entre el espejo azul y el grito negro.

Nada cubre el espanto
ni siquiera el brillo de manzanas doradas
que he comido hasta hartarme.

Soy un dios, grito dentro de mí,
mirad mi rayo fulgurando montañas
y sabed que puedo dar la muerte
y acabar con hombres y con peces
y aves de ojos traspasados
que también nacen muertos.

Mientras el jardín se cubre de oscuras calizas
y el laberinto arde sus fulgores de muerte.Entre tanto un
jabalí rompe los muslos tibios
de los danzantes.

La roca de cristales bermejos estalla
y todo transita al letargo,
a un sueño sin brújula ni aliento
en el que con máscaras de sangre
ya no puedo distinguir cuál es el dios
y cuál es el hombre.

EL FESTÍN DE DIONISOS

El brillo del festín descubre los oscuros árboles
y las negras pizarras.
Aquí estoy ardiendo como un leño
en el ceremonial del sacrificio
en que oficio de sumo sacerdote.
He visto los ojos luminosos de los corderos
puestos hacia atrás como el sol en los ocasos
en el vertimiento de la sangre del degüello.

No me detuve ante el grito alargado como de ambulancias
en celo
y mi cuchillo hirió profundo
con un tajo de afilados fulgores.

Dionisos sabe que lo halago
porque él gusta de la sangre de los animales,
que bebe a manantiales, y de los hombres.

Cuezo el festín con brazas y llamas sagradas
entre el frenético movimiento de cuerpos ululantes
en la danza báquica.

El estruendo de la noche convoca a los brujos y brujas.
Pan baila con sus patas de chivo
y yo toco la siringa con un secreto ritmo
entre tanto la vid embriaga los azules laberintos
y de la fragua brotan los cuchillos ardientes
del delirio.
Príapo hierático levanta el tótem
de su falo como un mástil sin velas,
y las hembras vibran al embrujo del movimiento
lascivo, sin pausa, salaz.

Los machos agitan el endriago que se retuerce
entre las lenguas de un fuego intermitente
que no se sacia en el creciente destello de la lubricidad.

Aquí está el festín de la carne ardiente,
de la carne que danza,
de los ojos del lobo que aúlla en el frenesí
de los sentidos
al calor de las llamas que comen con sus lenguas
la carne de los corderos.

Y yo soy el sumo sacerdote
del festín abierto a la noche
mientras Pan baila y toca la música
de las alucinaciones y los orgasmos.

Dionisos baja en su carruaje de gaviotas moradas
y escancia el licor en todas las copas
y en las bocas abiertas
de lujuria.
Es entonces cuando yo, el sumo sacerdote,
me escondo como Diógenes en el tonel sin fondo
donde se bañan las Danaides
y veo a Tántalo sufriendo una infinita sed
que no sacia el vino ni el festín ni la orgía.

El leño se ha consumido
y de mí no quedan sino un poco de cenizas.

Amor

Todo no ha sido más que la costumbre
de verte en la mañana
y en la tarde
cuando siento en mi boca
el peso de una culpa que obsede
como el vuelo cerrado
de una gaviota negra.

Adivino tu rostro entre las brumas
de ese enjambre de gentes sonámbulas.
Eres entonces
como la rosa que abre con extraña fruición
el cristal de los dardos de la lluvia.

Todas las cosas son esa costumbre.
Tu sedativa voz como de luna
y el misterioso ruido del perfume
que deja abiertas
con temblor de lirio

las humedades frescas de tu pubis
y el agitado pulso de tu pecho.

Mi alarido de nauta
te busca como un alucinado
en los instantes de la leve ausencia.
Pero encuentra
en el aire tus banderas
batiéndose en el sueño de todas las auroras
cuando siento en la brisa tu presencia.

Entonces me evaporo
como el opio sagrado de todas las pagodas
en ese delirar frenético de besos
y de orgasmos.

Y entonces hemos de ser los mismos
los que fuimos la víspera y seremos mañana.

Se de cierto que es tuyo este amor sin derrotas
este anhelo perenne de vadear tu cuerpo
con la pasión del ciervo recorriendo la tundra
o como aman las sucesivas

lenguas del mar
la sal y el yodo.

Sí, te amo con esa augusta nimiedad de la vieja costumbre.

Infinito

Si todo no fuera más que el infinito
no existiría la rosa que muere cada día
ni tendrían espacio los ríos
ni los atardeceres moribundos
ni las gaviotas pálidas
o los alcatraces jadeantes.

Ah si todo fuera el infinito
mis sucesivas muertes
estarían en la nada
y la música dejaría
su efímera presencia.

El cromo de los sauces
el misterio del búho
el hechizo del mar
el silencio de los peces
y el aturdimiento del sol
estarían en el agujero negro
donde la nada deja de ser Dios.

Mariposa

Ensueño de color
fuga del aire
viajera igual a las constelaciones
ilusión de la luz
frágil vivencia
liviana como el viento
que brisa las montañas.
Fugaz visión que nace para morir al día
sin que salga un lamento
del diminuto punto de su boca
perdido entre la clara soledad del ocaso.
Pintura abierta entre la flor de un sueño
en el viaje sin rumbo de sus alas.

La casa

De la casa emergía un arpegio de lunas,
un canto de figuras que inundaban la noche.
Estaba florecido el huerto de azucenas
y el rumor de los potros cabalgaba entre los sueños
grises de todos los fantasmas.

La casa era la madre, los chicos, la abuela
con colores de almendra.
La casa era el padre de manos como arpas.
La casa era mi perro que mordía los halagos,
mi gato de colores, mi alfanje de madera,
mi trompo, mis canicas,
el deshaucio de todas las fatigas
el correr sin desmayo
y otear que algún día yo tendría la estatura del árbol.

Pero la casa era tu silueta de lluvia,
de crespones batiendo un sol de almenas rojas,
el colibrí metálico suspendido en el aire
aspirando su sorbo de vida de las rosas.

Casi te veo ahora
recostada en la sombra, con tu abdomen
crecido, tu juventud de espiga
tus manos de alabastro y la mirada limpia
de los barcos que llegan.

Ah silencios aquellos viendo crecer las dalias
y abriéndose caminos mi juventud de niño.
Después cuando la espera daba su grito al viento,
los corredores eran como un himno de sangre,
un canto tibio y suave de pianos y laúdes
en los que florecían los pájaros de agosto.

Hoy la casa no tiene ni el pausado ropaje de la madre
ni el agitar del padre dormido entre los astros.
No hay gritos infantiles que eran como cisternas de canciones.
Solo quedan tu silueta de tarde,
la mañana de aromas,
recorriendo el delirio de las rosas que nacen
y las orquídeas de ámbar,
que viajan en la mente como el silbo de un ruiseñor.

Mi perro

Este es mi perro
con ojos de cristal y alma de niño.
Tiene el lenguaje abierto en la mirada
y entrega su universo
con el giro incesante de su cola.

Es mi alegría sencilla, mi confianza,
mi deseo de ser bueno.
Mas cuando estoy sumido en el abismo
de mis terribles miedos y quebrantos,
con sus comillos frescos
plateados por la luna
me rescata.

Mi gato

Viene de la noche
con sus pasos marcados.
Una carga de sombras le acompaña.
Ligero y sigiloso
brinca entre porcelanas
sin alterar el nido de una rosa.

Reposado al comer, va sin afanes
por los confines claros de la luna,
y suelta en desenfreno su alarido
entre techos y tapias,
cuando otros ojos grises y de fuego
de hembra en celo,
bajo el velo de asfalto del silencio,
lo iluminan.

Después de la batalla
a la que entrega en vilo su existencia,

vuelve a mí con sus pasos taciturnos,
humillado y contrito,
con su maullido humilde, casi tierno,
y me pasa la cola entre las piernas.

Abismo

Aquí camina el mar
en ese abismo
donde flotan los peces
y las rocas son vivas.
Aquí están las arenas
misteriosas y azules.

Que se sumerja allí
la música -incluido el piano-
y que estalle la vida en cataclismo,
testigo de todos los naufragios.

Ayer cayó un lucero
y se hundió para siempre
pero dejó una espuma
de cal ardiente y roja.
También cayó una lágrima
cárdena casi pura
que un tiburón con sed
se bebió a dentelladas.

He visto entre las olas
una sirena pálida
implorando a la noche
por su canto.
Y agonizó el albatros
con su cara de niño.
Atisbé estupefacto
el suicidio de las
rubias cabezas
que parecían ballenas
varadas en la playa.

Aquí se agita el mar
sin sosiego ni pausa.
Ya no tiene memoria
de Ulises o Colón,
o Nelson o Francis Drake.
Mas tampoco alimenta
la leyenda de los
buques fantasmas
que quedaron perdidos
en todos los sargazos.

Curiosamente, también yo me hundo
en medio de miradas oscuras
y manos encrespadas
en las simas profundas de un mar de algas siniestras
que se sumerge al fondo de mis miedos y horrores.
Allí llego aterido con mi lóbrega capa
de anémonas de hielo y cangrejos de olvido.

Silencio

Silencio son las palabras
que estranguló la vida.
Es la música que no encontró
la nota.
El espacio vacío de una ausencia,
el dolor que agoniza en las miradas,
el cachalote que se ancló en la playa,
la perfidia que besa la mejilla
y la víbora que muerde
el talle blanco.

Silencio es el grito de la noche,
la oscuridad del ciego
y el murmullo del caracol
que evoca el mar.
Silencio es la pausa temblorosa
del cobarde
la antesala del enfermo desahuciado
y la humildad del sol sobre las rosas.
Es el deseo de huir
de todo lo que existe.

LA FLECHA ROTA

Traía la capa gris descolgada
y una flecha rota en el costado.
Ninguno lo miró
el búho marchaba contra reloj
y una cigarra ardía en llamas.
Dejó caer su sangre
como un gajo de olvido
que se desvaneció por los cristales.

Ese hombre me dije
ya carga su sudario
como un costal de escombros.
Y se volvió silencio
el croar de las ranas.

Empero alguno cogió la capa gris
y se la puso en los hombros.
Parecía que estuviera hecha a su medida.

NOCHE DE INSOMNIO

Se para un perro ante la catedral y aúlla.
Los rincones del silencio llaman al grito.
Se mueve la hojarasca
y el músculo.
Todo es un giro frenético.

Las desoladas duelas
que derraman el vino
el desmayo del cisne
en el estanque.
Ya no suspira el alma
vencida de cansancio.
Se desangra la luna con un rictus de muerte.
Se mutilan los ríos
se cortan las gargantas
con cuchillos de plomo.

Nada queda en su sitio de sepulcros ocultos.
Azucena negra que dormita

sobre el filo del viaje,
donde mis ojos de silencio
se extravían en la noche, compañeros
de todos los cangrejos, las ostras y los peces.

Pero dime así sea por señas,
¿cuándo será el nuevo día ?

Fantasmas

De las rocas de este viejo baúl
salen como escorpiones los fantasmas
merodean cuchichean y danzan
sobre todos los muebles
se encaraman en la memoria tragicómica
que como una mochila me acompaña

Ah los surcos del viento
ah la pálida huella
ah la colmena disfrazada de mezquita
que entona un mantra ahogado
en mis cavernas de marinero sin sosiego

Aquí viene el desfile de simiescas bacantes
la danza enloquecida de sátiros y faunos
la flauta
que escarcha las dolamas dilacerantes
de aquel vértigo de potros desbocados

Cada fantasma es una vida vivida a contrapelo
por eso danzan gritan y desaparecen
sin que a nadie importe
la corneja que atisba
fundida al espanto

Mis flechas van cayendo en el vórtice sideral
de todo lo creado
allí grito
solo son fantasmas
pero ellos responden como en Comala:
calla que estás muerto
nada te salva
ni siquiera ese baúl
en que te escondes.

COLUMNA DE AGUA

Detrás de cada columna de agua hay un poema
y lo hay detrás de las piedras blanquecinas
que ruedan por el agua
y de cada cangrejo.

Siempre allí hay un poema.
A veces lo cojo y lo acaricio
me gusta su pelaje
que es el mismo del agua.
Canta a un ritmo de cometa abierta
que repite incansable
siempre el mismo.

Lo oigo en las altas horas de la noche
fundido al ruido de los lejanos planetas
galopa el mismo cauce
entre rojas bromelias y parásitas blancas.

Pero cuando lo oigo en la mañana
lleva un mensaje
que no termina nunca de entregar.

El río y el riachuelo son hermanos
con sus columnas de agua
que se alimentan del sol
deletéreo y transparente
y pueden pasar entre las manos
y los pies sin dejar huella.

Mas suele ocurrir que llega un dios profano
con su poder a cuestas
y realiza el prodigio
de multiplicar los caudales.
Es así como aumentan con su orden inapelable
las piedras danzarinas
y todo crece en el milagro
de la vida y la muerte.

Las arenas crecen como la levadura
y el milagro desprecia el cauce de la madre
con sus bromelias y parásitas.
Entonces todo anda de viaje entre las casas
y los arados
mientras el poema se esconde avergonzado.
Ocurre que los techos se desgajan en los árboles
y en los árboles se desgajan los surcos y los algodonales
las serpientes también.

Hay que aplacar a ese dios me digo
entreguémosle a la doncella
y a los niños
que eso calma la furia de los dioses
y los entregamos
pero el rencor aumenta
y la deidad devora también a los labriegos
y a las montañas que caen sepultadas.

Mas es así que cuando suena el trueno apocalíptico
todos nos arrodillamos y sentimos que nos curva
el peso abrumador de pecados y culpas.
Somos los réprobos, los libertinos, los que hundimos
el peso de las aguas
y damos gracias a ese dios de tormenta
que tiene la magnificencia de perdonar.
Y así retorna el rumor cantarino
como una madreperla
a la columna de agua.
Y todo vuelve al ritmo planetario
cuando el poema
retorna con su faz de catarsis de entre los árboles.

Máscara

Mi cara atrae los maleficios
y conjuros.
He huido de todo
porque conozco
la manera como me persiguen
el rayo,
la lluvia,
el incendio,
el naufragio,
la ira de Dios
y hasta los fulgores broncos
de las balas
atraídos por mi faz
de carnero triste.

Soy la piedra sensible
sobre la que se inclina
el vórtice desenfrenado
que arrasa
los ojos apacibles,

las manos hacia abajo,
la humillación del flagelante,
el silicio del penitente arrodillado
en dos piedras ardientes.

La fiera rasga mis carnes
Y lame mis heridas
abiertas por el maleficio.

Y es así que de los restos de un barco
he tomado la madera que durmió en el mar
y he fabricado otra cara para mí
que muestra al monstruo que cabalga
en mis carnes y arremete en mis interiores
de tritón furioso.

Poseso de aquelarres y saturnales,
la nueva faz me calza a la medida
y hago la danza del demiurgo
poseído de mí mismo.
Entonces ya no huyo
sino que de mí huyen
las Furias y las Erinias.

Pero cuando pongo la máscara
en la pared de plomo al acostarme,
reviven los gavilanes
sangrientos en busca
de mi rostro de amapola vencida.

Soledad

No logro a socaliña liberar mi carga de soledad
que está atada al tobillo como un grillo a su sombra.
Es oscura y pesada igual a un fardo hiriente
que oprime, que sangra, que estrangula
con su silencio
agudo, incorpóreo, asfixiante.
Estoy solo y hasta mi rostro
me parece el de un extraño extraviado
y sin rumbo entre las nubes carmesíes.

Bulle la multitud de voces y rostros perdidos
sin remedio,
de manos que se desdibujan
y ojos que persiguen con ansiedad su olvido.
Y soy yo el pasajero de mi agobio,
el que a pesar del beso y la caricia
deambula solo sin que nadie vea
el fosco ardor que me consume
bajo la suela ocre de mis zapatos.

Un vaso de licor de algas muertas y negras
me corroe y embriaga las arterias
como un ácido de plomo.
Ya no danzo al embrujo de bacantes
sedientas. Me adormezco en el viento
de girasoles negros
y ríos azules de fuegos fatuos
sin brújula.

Cuando suspiro pienso que no es conmigo
y cuando reclino mi cabeza
en tu hombro
veo a otro distinto.
Y yo sigo solo sin otra existencia
que la que me presta el delirio
que abruma sobre la agobiante
sensación de estar vivo.

La guerra

Detrás de este campo
donde fulguran cuerpos muertos
están tus ojos abiertos
como dos faros.

Sobre el surco de sangre
y brazos desprendidos
la hoja fría del tiempo
ha caído como una guillotina.
Un cuervo levanta su vuelo
azul con el pico mojado.

La noche llega con su escarcha
mientras el incendio carcome
la levadura de los panes.

Y allí están tus ojos abiertos
de asombro, de pánico, de humillación
y espanto. Un miedo general
paraliza la germinación de las astromelias.

Entre los huesos llueve cal y ácido.
Pero nadie huye, porque las gargantas
se rompieron con sus gritos de furia
en el festín de espadas
y cuchillos largos.
Un guerrero proclama como un vigía alerta:
Ha llegado la victoria.
Y al fondo tus ojos de espejos
se derriten lentamente
como el hielo
cuando llega la primavera.

EL FUSIL

Son cosas del progreso:
de una vara como la de Moisés
brotó el agua,
pero después salió un rayo
y luego un estampido
que desembocó en
el río bermejo.

Alguien observa
bajo el alero verde de la sombra.
Tiene la mirada atenta de un astronauta.
La vara brilla,
mide la distancia,
calcula el tiempo.
Finalmente
silva el aire
y bajo la alquimia del plomo
convertido en herida,
nace una estrella
de negras sombras y jazmines muertos.

El fusil es la ira de Dios
que truena bajo el rubor del viento.

A UNA PROSTITUTA

Un murciélago dejó el color de frío
en sus ojos de almendras.
La espalda desnuda
ilumina la noche.
Es una estrella de ceniza
que muestra al caminar lento y rítmico
el tatuaje desnudo
de tortuosos abismos.

El rincón de la esquina tiembla
de sombras en la algarabía opaca
de voces dormidas,
mientras el caminar de cinco pasos
arroja la huella aciaga
en las zapatillas de altos tacones como zancos.

Del perfume no queda sino el desprecio del hastío.
Un cuchillo de pedernal con filo opaco
traza sus ojeras y el seno
se desmaya bajo el lento agitar
de las miradas.

Esta prostituta salva el amor
vencido del pasajero de la noche,
del que ha mordido el polvo del olvido
y lleva en la frente la estampilla de la muerte,
de ese que renunció al abrazo y al beso
y solo busca penetrar un cuarto de hora
para quedar como un sauce llorón,
herido en el embrujo de una noche sin fin.

TIERRA

Una semilla está germinando
desde el arcano túnel de la vida.
Luego de todos los eclipses brota el verde
resplandor de una espiga
y siento el arrullo de un pájaro
meciendo la cuna de la tierra que despierta
igual a un arco iris de obsidiana.

Negra de noche, de cristal, de ojos de bestia
ahíta, la tierra se desgaja sobre el surco.
Recorre inerte, quieta, todos los espacios
donde habitan yerbas y guijarros.
Puedo poner mi lengua y mi cabeza
sobre el lecho de ébano de granos pedregosos
y sueños de agapantos.
Madre del trigo, del surtidor, del río,
de su seno brotan los árboles, los frutos,
las esperanzas dulces del sudor del labriego.

Levanto allí mi casa y mis sueños de perla
que evoca con nostalgias de nácar
la extensión del rocío.
En sus ondulaciones de cometa flotante
amo la tibia piel del mango y el sabor del durazno.

Y amo también la llama de mujer en delirio.

Ah la tierra que da sus tumbas a los muertos
igual a los abismos que guardan taciturnos
la levedad del aire.
La mano de rugosas angustias
perfora la pizarra de petróleo
y el brillo de cobalto de todos los metales.

Pero soy como Anteo el hijo de la greda y el asfalto,
al contacto del suelo me torno en un coloso
que derriba montañas
descuaja bosques
estrangula las aguas
y atrapa con las manos los
luceros del alba fugitivos.

LA VIEJA CANCIÓN

Aquella vieja canción
me salta a los oídos como una liebre.
No puedo desprenderme,
es como la luna
que me sigue a cada paso
a pesar de los árboles
y el techo del cuarto donde me hallo.

Ah la vieja canción con los ojos abiertos
igual a un búho,
a una corneja,
o al sahumerio de inciensos y perfumes
de los viejos sacrificios unidos a tu nombre.

Una cantiga azul
de piel de calamares y de alondras.
Sueño con ella, me mece
con el rumor del viento y el mar,
y me entrega al conjuro
de los viejos silencios.

Me estremece como un velero glauco,
como si la mañana lejana
fuera ya demasiado tarde.
O como si la brújula se posara al poniente.

Soy un despojo de pasos ya perdidos,
sediento de las aguas que me dejó tu boca.
Ese altivo rezago de lumbres y naufragios
estremecidos en mi circo lúgubre.
Nada queda en espera,
ni los rotos maleficios
de pájaros borrados con la bruma.
Solo esta vieja canción que me salta
a la vista como un gavilán hambriento
y me atrapa en todos los espacios
con la inexorable resaca de aquel beso.

Los sueños

Igual a un tahúr
he gastado mis sueños
como monedas falsas.
He pagado con ellos amores de pecado
y amores de alcobas sagradas.

Ah, gasté mis sueños en precarios afanes,
en codiciar el barco de fantasmas de azogue,
de ínsulas de viento perdidas en cualquier arrebol,
o en pendencias de crudas puñaladas
que atroces me quitaron tantas veces
hasta el último aliento.

Sí, fui a los dados abiertos como alfanjes
y en la ruleta vi perder las fichas muertas.
Tendido he quedado en campos ilusorios
de amores extraviados, o amores imposibles
y hasta caminé sin pausa como el Judío Errante,
por todos los senderos de alimañas sedientas

dejando en cada puerto el ensueño
de los caminos blancos
y los senderos negros
igual a un alfil acorralado.

Pero hoy que todo se me escapa
en las arenas nebulosas
y en los recuerdos verdes,
descubro que las olas del mar
golpeando los arrecifes brujos del delirio
conservan intangible y completo
el castillo de luces de mis sueños.

EL FUEGO

Los leños arden en sus lenguas informes
con su calor de noche
de cálidas especies,
de aromas de maderas y bosques encantados
entre el claustro de espejos donde golpean cascos
de potros azulados
sobre la chimenea.

Y allí estás junto a mí, ardiente,
sedosa, con el misterio abierto
de tus brazos marinos
y el viaje luminoso de tu boca
que gira igual a una cisterna de corales.

El frío de tus caderas se esfumó fugitivo
y el fuego va creciendo, crepitando, ardiendo,
recogiendo el murmullo acezante de sapos soñadores.
Una pieza de Bach,
un vino franco de vendimias lejanas,

la penumbra agiganta las sombras
y entrega a tu cintura el hechizo
que fragua en el molusco el brillo de la perla.

Ah la locura de algas que provocan tus besos
y el cataclismo abierto de tus senos de luna.
Entonces veo arder los leños con la extraña locura
del caminante incierto de los cerros de Úbeda.
Y así cada caricia que me entregan tus manos,
me consume en el fuego que consume los leños.

LA CIUDAD

No es una la colmena de voces y de aullidos
que transita por calles y veredas.
Son falanges de múltiples colores que gritan
que murmuran y marchan presurosas
unas porque van a llegar tarde,
otras porque no tienen dónde ni cuándo llegar.

Inventario de edificios que se han envejecido
con sus arrugas mustias y su piel de lagarto.
Calles con sanguijuelas que succionan la sangre
y dormitan sin sueño entre baches y grietas.

Oh mi ciudad de asfalto y barro carcomido,
son multiformes todas tus ciudades
extendidas al viento como un disparo
de cañón.

Oh ciudad de delirios y crímenes al costo,
de mendigos dormidos sobre el filo de un sueño.

De traiciones, de robos,
de puñaladas crudas,
de sangre como pozos de petróleo,
de la caricia amarga,
y la frente torcida
de la prostituta que gasta sus tacones
y el marica que agoniza de sornas y desprecios.

Ciudades que muelen la música
en la taberna oscura de neón moribundo
con un vino de escarcha y de potros sin frenos.
Ciudad de la pandilla y el barrio taciturno
que mezcla los sudores con la furia
bajo un raudal de vidrios que gime con el viento.

Pero también emerge la suave curvatura del árbol,
la que desgaja un libro sobre la luz dorada
de la lámpara insomne,
de la mesa de flores,
del fulgor de la risa
sin temor a mañana.

Esas son las presencias que deslíen la vida,
oh ciudad de batracios y tigres enfundados
en su capa de rayas y tormentas de fuego.
Palpo tu carne abierta en todas las cortinas
de las negras estrellas y las doradas fuentes
de múltiples cangrejos
que saltan como peces en el pecho del día.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres litográficos de
Nostromo Editores en la ciudad de Bogotá.
e-mail: soniatruque@hotmail.com.

Armando Barona Mesa, ha ido construyendo con paciencia de cronopio y alejado de las famas un interesante discurso poético donde lo aparentemente cotidiano toma una dimensión amplia y de diversas interpretaciones en cuanto a su contenido. "La ronda de las Hespérides" su más reciente libro, contiene 25 poemas, donde va tejiendo desde los tres primeros que ajustan el resto del contenido, una evidente referencia a la tradición helénica: Las Hespérides, El Jardín de las Hespérides y el Festín de Dionisos, la construcción de los versos hace reconocible una gran atracción personal por lo clásico. A partir del poema "Amor", es una escritura transparente aparentemente sencilla pero de hondas repercusiones tonales que en ningún momento decae y puede dedicarle textos a sus mascotas, a viejos baúles, a sus duermevelas rebosantes de sus fantasmas interiores que no evaden una mirada crítica al país, a su país territorio de muerte: Detrás de este campo/ donde fulguran cuerpos muertos/ están tus ojos abiertos/ como dos faros. O como también se explica "el fusil es la ira de Dios/que truena bajo el rubor del viento".

Sonia Nadezhda Truque

Nostromo Editores

ISBN 978-958-44-4608-4

9 789584 446084